

murió el santo obispo Malaquías, legado de la silla apostólica, á los 54 años de su edad, en el lugar y en el día que habia deseado, llevada al cielo su alma por los santos ángeles, habiendo espirado en manos de san Bernardo y de sus hijos. Todos tenian clavados los ojos en él, y ninguno pudo advertir cuando espiró: tan parecida fué su muerte á un dulce sueño. El rostro quedó con bellissimo color, dejando el alma en el cuerpo aquel vestigio de la alegría de los santos, á cuyo espectáculo cesaron las lágrimas, y se apoderó el gozo y el consuelo de todos los corazones. Dispúsiéronse los funerales, y se cantó la misa con fervorosa devocion. Entre los que concurrieron á su entierro habia un mozo paralítico de un brazo: mandóle acercar san Bernardo, tomóle la mano, y tocósele á la del santo obispo. ¡Cosa admirable! al punto se le restituyó á su estado natural, y era, que, como dice el Apóstol, todavia vivia en el muerto la gracia de la salud.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue:

Da, quæsumus, omnipotens Deus, ut beati Malachie, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitas, et devotionem nobis augeat, et salutem. Per Dominum nostrum...

Suplicámoste, ó Dios todopoderoso, que en esta venerable solemnidad de tu confesor y pontífice el bienaventurado Malaquías, aumentes en nosotros el espíritu de virtud, y el deseo de nuestra salvacion. Por nuestro Señor...

La epístola es del capítulo 8 del apóstol san Pablo á los Romanos.

Fratres: Debitores sumus non carni, ut secundum carnem vivamus. Si enim secundum carnem vixeritis, moriemini:

Hermanos: Somos deudores, no á la carne, para que vivamos segun la carne. Porque si viviéreis segun la carne, mori-

si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis. Quicumque enim spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei. Non enim accepistis spiritum servitutis iterum in timore, sed accepistis spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus: Abba (Pater). Ipse enim Spiritus testimonium reddit spiritui nostro quod sumus filii Dei. Si autem filii, et hæredes: hæredes quidem Dei, cohæredes autem Christi: si tamen compatimur, ut et conglorificemur.

reis; pero si mortificáreis los hechos de la carne con el espíritu, viviréis. Pues todos aquellos que son movidos por el espíritu de Dios, son hijos de Dios. Porque no habeis recibido otra vez el espíritu de servidumbre para temer, sino que recibisteis el espíritu de adopcion de hijos, en virtud del cual clamamos: Abba (Padre). Porque el mismo Espíritu hace fe á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, tambien somos herederos: herederos de Dios, y coherederos de Cristo; para que, si padecemos con él, tambien con él seamos glorificados.

NOTA.

« El intento de san Pablo en esta epístola á los Romanos era poner fin á las disensiones que insensiblemente se habian introducido en la iglesia de Roma con ocasion de algunos falsos apóstoles, que pretendian deberse sujetar á las ceremonias judaicas los gentiles convertidos á la fe. »

REFLEXIONES.

Si no somos deudores á la carne, ¿por qué razon hemos de vivir segun las inclinaciones de la carne? A pesar de esta advertencia del Apóstol, ¿qué gustos no se conceden al cuerpo? ¿con qué condescendencia no se le trata? Todas las pasiones conspiran á lisonjearle. Y sin embargo, ¿qué viene á ser ese cuerpo sino el desgraciado origen de nuestros pecados y mi-

serías? Habiendo nacido para servir al espíritu, solo tiene derecho para pedirnos lo que debe á un esclavo. Pero sucede todo lo contrario. Amótinase el esclavo, levántase contra su amo, declaróse por él el amor propio, entran las pasiones en la conspiracion, y todas van de inteligencia con él contra el espíritu. ¿En cuántas personas se halla la pobre alma avasallada por el cuerpo, sujeta á él enteramente, y como tal ni se la consulta ni se la oye? En vano reclama sus derechos: en vano protesta contra la violencia y contra la injusticia: la pasión levanta mas el grito, y por mas que clame Dios: *Si viviereis segun la carne, moriréis*; ¿quién podrá hacer que tantos hombres carnales oigan este terrible decreto del Apóstol? La muerte podrá bien presto esa regalada carne que amas mas que á tu alma. Mas, ¡oh amor insensato! ¡oh amor verdaderamente cruel! Porque amaste con tanto exceso á esa carne, solamente resucitará para morir eternamente, para ser por toda la eternidad víctima infeliz de los mas crueles tormentos. Hombres sensuales, este será el fruto de vuestro cuidado, de vuestros desvelos, de vuestra delicadeza. Pero vosotros. almas generosas, hombres penitentes y mortificados, mas ingeniosos en atormentar vuestros cuerpos que en regalar los mundanos los suyos, *vosotros viviréis*. Muertos ya al mundo y á los placeres, vivís á la gracia, cuya suavidad endulza todos vuestros trabajos: presto viviréis tambien en una gloria inmortal mientras esas mujeres embebidas en el mundo, esas personas entregadas á los pasatiempos, idolatras de su carne, yacerán rodeadas de tormentos y de ignominia por toda la eternidad. ¿Será posible que una consideracion que pobló los claustros y los desiertos, no sea bastante para desengañarnos de las diversiones del mundo? La vista de aquellos moribundos que espiran llenos de remordimientos; el triste especta-

culo de esos cadáveres que causan horror en la sepultura, ¿no será suficiente para abrimos los ojos, y hacernos conocer los falsos atractivos de la vida? ¿Con que al cabo será menester que ese corto número de dias, vividos en medio de una sensualidad siempre emponzoñada; que esos gustos engañosos, sazonados siempre con hiel y con amarguras; que esos consuelos pasajeros y fugaces, siempre mezclados de turbacion y de inquietud, al fin nos precipiten con plena deliberacion en un abismo de suplicios, sin medida, sin término y sin fin?

El evangelio es del capítulo 5 de san Mateo, y el mismo que el dia I, pág. 17.

MEDITACION.

DE LA SANTIDAD DE LA VIDA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que el destino de los mundanos, siempre hambrientos y siempre sedientos de los bienes sensibles, es no estar nunca contentos: como al contrario, la suerte de las almas timoratas y virtuosas, hambrientas y sedientas de la justicia, es hallar en los caminos de la santidad con que saciar y satisfacer toda la extension de sus deseos. En medio de eso, siendo la santidad el único bien del hombre, es puntualmente el único bien que el hombre no desea. Este único bien, que solo él es capaz de saciar nuestro corazón; este excelente bien, que solo él nos puede hacer dichosos; este precioso bien, que solo él es sólido y real, es aquel tesoro escondido del Evangelio cuyo valor no se conoce. No se considera su importancia ni sus grandes atractivos, y se ignora la faci-

lidad con que se puede adquirir á pesar de todos los estorbos. Tres errores reinan en el mundo acerca de la santidad que entibian el fervor de los cristianos, que les quitan, ó por lo menos les embotan el deseo de ser santos, tanto en el estado religioso, como en el secular. Por mas que se diga, es cierto que se estima poco en el mundo la santidad. Es verdad que se respeta aquellos hombres virtuosos del tiempo pasado cuya memoria veneramos; pero no sé por qué caprichosa extravagancia se miran con desprecio los virtuosos del tiempo presente. Trátanse como á unos pobres simples á los que abrazan el partido de la devocion, y hacen pública profesion de seguirle. En medio de eso, no hay mejor prueba de entendimiento sólido, excelente, superior, que esta hambre, esta ardiente sed por la santidad. Luego que el Espiritu Santo declamó en la Escritura contra la vanidad de las ocupaciones de los hombres, acabó con estas palabras: *Deum time, et mandata ejus serva, hoc est enim omnis homo.* Teme á Dios, y guarda sus mandamientos, porque esto es ser verdaderamente hombre. Si se formara verdadera idea y concepto claro del don mas excelente entre todos los dones de Dios, ninguno dejaría de aspirar á la santidad con aquel ardor, con aquel ansioso deseo que nos quiso significar el Salvador del mundo por las expresiones figuradas de hambre y sed de la justicia. Ya se considere al hombre con respecto á Dios, que es su principio y su fin; ya se le mire con relacion al comercio y á la sociedad civil, cuya parte constituye; ya se le atienda con reflexion á si mismo de quien es responsable; no se hallará cosa mas grande ni mas digna de ocuparle que el cuidado de su santificacion. Todos estamos en el mundo únicamente para conocer á Dios, para amarle y para servirle; cuando fuimos criados, no lo pudimos ser para mas alto fin. Toda nuestra grandeza con-

siste en agradarle; esto solo se consigue por medio de la santidad; ella sola nos merece su aprobacion y su gracia: ella sola nos comunica el mérito verdadero: ella sola nos hace respetables á los hombres y á los ángeles: ella sola nos puede hacer eternamente dichosos. ¡Y con todo eso, no es la santidad el objeto de nuestros deseos, de nuestra ambicion y de todas nuestras ansias!

PUNTO SEGUNDO.

Considera que, aun consultando precisamente á la luz de la razon natural, no se encuentra mayor grandeza en la tierra que la vida de una persona dedicada únicamente al cuidado de servir á Dios. Cuando en medio de los embelesos, de los pasatiempos, de las pretensiones y de los negocios que reparten entre si el corazon de los hombres, y se absorben toda su aplicacion, ves un hombre, segun el corazon de Dios, como un san Malaquías y como tantos otros santos que en este mundo no aspiraron á otra cosa que á la dicha de agradarle, que consideraron como su principal obligacion, como su mas estimada herencia el cumplimiento de la ley de Dios: *Portio mea, Domine, dixi custodire legem tuam*; cuando se nos ponen delante de los ojos unas personas, cuyo carácter es la pureza de costumbres; la rectitud, la prudencia y la buena fe; unas personas humildes, modestas, exentas de los asaltos, de los impetus de las pasiones, cuya inalterable mansedumbre, cuya caridad universal y cuya ejemplar virtud es objeto de la admiracion comun, ¿no nos parecen estas personas las mas cuerdas, las mas grandes, las mas estimables de todos los hombres? En esto consiste, pues, la verdadera grandeza, esto constituye el mérito verdadero. Toda otra grandeza envejece con nosotros, y, por decirlo asi, se va debilitando con la edad; por lo menos es cierto

que se acaba con la vida. La muerte despoja al hombre de todos sus bienes: el mas brillante esplendor se apaga con el último soplo: ¿qué es lo que queda en el sepulcro de todas las grandezas humanas? Solamente la santidad es aquel precioso tesoro, cuyo valor no puede ser disminuido por el tiempo; es aquel único bien de que no nos despoja la muerte, antes bien la misma muerte da nuevo lustre á la santidad: los santos son mayores cuando muertos que cuando vivos, y nunca se respeta mas la santidad que cuando la selló ya la sepultura. Por eso, Dios, á quien toca privativamente hacer juicio sano de la verdadera grandeza, no reconoce otra que la santidad. Lo que parece grande á los ojos del mundo, es abominable á los de Dios; y lo que parece despreciable á los hombres, es grande en su presencia. *Erit magnus*, dijo el Espíritu Santo de san Juan Bautista, y se puede decir de todos los demás santos. Pero ¿qué grandeza puede representar á los ojos mundanos un hombre sepultado en un desierto, sin bienes y sin empleos? Te engañas, será santo, y por lo mismo será grande: *Erit magnus*. No nos imaginemos que mide Dios la grandeza por la regla de nuestros sentidos, ni por el sistema que se forma el espíritu del mundo. ¡Cuántos santos nacieron de familia oscura, plebeya, pobre, humilde, y pasaron la vida humillados, abatidos y olvidados! Sin embargo, fueron grandes, porque fueron santos; y los mismos grandes del mundo, los prudentes del siglo rinden hoy homenaje á su prudencia y á su grandeza verdadera. Ya no tratan de simpleza aquella observancia de las cosas mas menudas, aquella exactitud en sus pequeñas devociones, aquella circunspeccion, aquella puntualidad, aquella delicadeza de conciencia.

Haced, Señor, que desde luego forme aquel concepto de la santidad que he de formar en la hora de la muerte:

aquel que formais vos, ó Sabiduría increada, y aquel propio que yo mismo he de formar por toda la eternidad. Pero ya que me dais estos pensamientos, dignaos, Señor, darme gracia para que sean eficaces. Confiado únicamente en esta gracia y en la seria voluntad que teneis, mi Dios, de que sea santo, propongo desde hoy trabajar en mi santificacion con toda mi alma, con toda mi aplicacion y con todas mis fuerzas posibles.

JACULATORIAS.

Justificationes tuas custodiam, non me derelinquas usquequaque. Salm. 118.

Resuelto estoy, Señor, á guardar inviolablemente tu santa ley toda mi vida: ayuda mi flaqueza, y no me desampares.

In mandatis tuis exercebor: et considerabo vias tuas. Salm. 118.

Meditaré sin cesar tus mandamientos, y me ejercitaré en los caminos que guian á tí.

PROPOSITOS.

1. No siempre son los grandes servicios los que mas se estiman y mas se agradecen en el mundo: muchas veces un obsequio, que en sí es de poca monta, no se considera como tal cuando se cree que nace de una fuerte pasion y de una ansiosa inclinacion á complacernos. Esto es mas cierto en el servicio de Dios, en el que son iguales las cosas grandes y pequeñas, porque mas atiende Dios al motivo y al afecto del corazón, que á la sustancia de la obra. El deseo vivo de agradarle en las mas mínimas acciones es el único principio de la verdadera grandeza. Agradamos á Dios desde que tenemos verdadero deseo de agradarle, á

diferencia de los grandes del mundo que solo estiman el servicio sin dárseles nada por la intencion. El mismo nombre, es decir, el mismo valor da Dios á las cosas que no son, que á las que son : *vocat ea quæ non sunt, tamquam ea quæ sunt*. En su estimacion el deseo equivale á la ejecucion. Haz hoy un firme propósito de no omitir cosa alguna de todas las que Dios te pide. Por mas lijeras, por mas menudas que te parezcan las obligaciones de tu estado, por pequeñas que se te representen las reglas de tu profesion, sé sumamente fiel y exactamente puntual en observarlas, en hacer todo lo que Dios te pide. En esto consiste el arte, y, por decirlo así, el secreto de ser santo. No es pequeña cosa ser fiel en las cosas pequeñas. En el servicio de Dios nada hay pequeño.

2. Forma desde luego una grande idea de la santidad y de todo lo que contribuye á hacernos santos. Acaba de persuadirte una vez para siempre á que no hay grandeza, no hay sabiduría, no hay prudencia, ni aun hay siquiera buen juicio sino en la santidad, y á que no hay hombre de verdadero mérito, verdaderamente sabio, verdaderamente capaz, ni verdaderamente estimable aun en el aprecio del mundo, sino el hombre virtuoso y verdaderamente cristiano. Nuestra estimacion se ha de medir por la que Dios hace de las cosas: lo que Dios condena, lo que reprueba, y lo que desprecia, nunca puede ser estimable, ni merecer nuestra aprobacion. Habla siempre en este concepto y sobre este sistema, dando las mismas lecciones á tus hijos y familia. Nada perjudica mas á la salvacion, que infundir en la gente moza ideas contrarias á estas maximas y á estas verdades de nuestra religion. Por lo comun no oyen apreciar, engrandecer, ni envidiar sino las grandezas humanas, las brillanteces aparentes, y todo lo que deslumbra los ojos : ¿qué maravilla, si acostumbrado su tierno corazon á apacentarse de estas vani-

dades no estiman despues sino aquello que causa su perdicion? Esta advertencia es de la mayor importancia. No la olvides jamás, y aplica todos los medios posibles para ser santo : esta es la mayor fortuna que puedes amontonar.

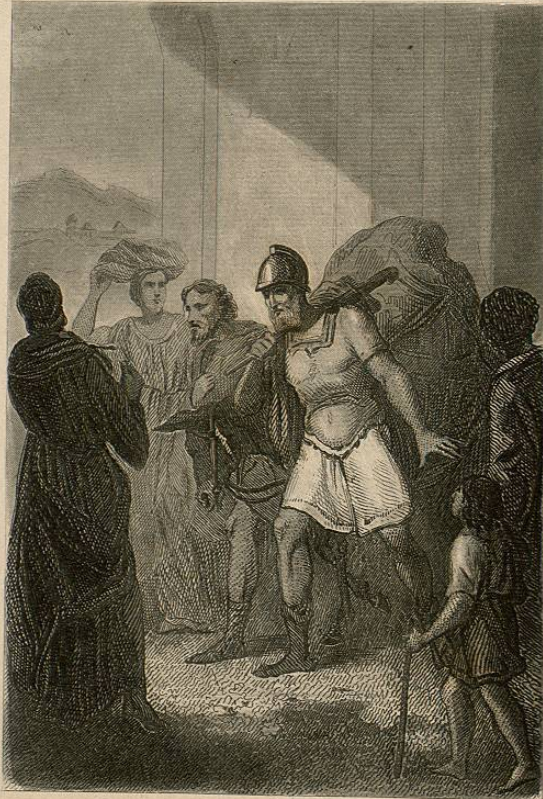
LOS INNUMERABLES MÁRTIRES DE ZARAGOZA.

Ennoblecida la ciudad de Zaragoza con todos los timbres que podia tener en lo civil, como ciudad que habia sabido atraerse las atenciones del mayor de los emperadores, quiso la divina Providencia que tuviese otros timbres de superior clase, concediendo á sus ciudadanos tanta gracia, que no tuviesen dificultad en verter su sangre por Jesucristo. La misma reina de los ángeles, que, segun el leccionario antiquisimo de aquella catedral, se dignó elegirla para su domicilio cuando todavia vivia en este mundo, parece que alcanzó de su Hijo que en aquella ciudad predilecta le compitiese particularmente el glorioso titulo de reina de los mártires. A estos pensamientos da lugar el número prodigioso de cristianos que tuvieron valor para sostener las verdades del Evangelio en presencia de los tiranos, y principalmente los mártires llamados Innumerables que celebramos en este dia, y cuyo martirio, segun consta de unas actas del siglo séptimo, es en la forma siguiente.

Dominaban en el imperio romano Diocleciano y Maximiano, tan unidos en la crueldad de sus leyes y en la impiedad de sus edictos, como en la dominacion del imperio. Persuadidos de que la religion cristiana, que iba haciendo rápidos progresos, podria perjudicar á sus intereses y derribarlos del trono, determinaron deshacerse de una vez de semejantes rezelos, dando

T. II.

P. 69.



LOS INNUMERABLES
MÁRTIRES DE ZARAGOZA.